

SER HISTORIADOR SOCIAL HOY EN AMÉRICA LATINA

Mauricio Archila¹

Comienzo agradeciendo a los organizadores del Primer Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social (ALIHS), y en especial a Clara Lida y Mario Barbosa, la invitación a participar en esta mesa de clausura. Y lo hago no solo por fórmula protocolaria sino porque es la mejor manera de introducir mis reflexiones sobre los retos del historiador social hoy en América Latina. Agradecerle a ellos dos esta invitación me permite ubicarme en la segunda generación de historiadores sociales, al menos en Colombia. Clara Lida fue mi profesora en el doctorado de Historia en la Universidad del Estado de Nueva York (SUNY) en Stony Brook en los tempranos años 80. Mario Barbosa fue el primer graduado de la segunda etapa de la carrera de Historia en la Universidad Nacional de Colombia a mediados de los 90 y tuve el honor de dirigirle su monografía de grado. Se entiende entonces que recibí una herencia de mis profesores y transmití esa tradición a mis estudiantes, parece que con éxito. Esta ubicación generacional ejemplifica la trayectoria de la disciplina histórica en Colombia, una trayectoria un tanto rezagada en comparación con las de México, Brasil o Argentina, pero más común de lo que se piensa en el conjunto de América Latina.

En efecto para los años 60 del siglo pasado la disciplina se profesionalizaba en Colombia a partir de cambios institucionales que ya estaban en marcha en los tres países mencionados. Obviamente el contexto influía en esas mutaciones –Guerra Fría, Revolución Cubana, irrupción de nuevos movimientos sociales y renovadas formas de conocimiento en las ciencias sociales y la Historia– pero en aras de la brevedad aquí me concentraré en indicar los cambios que llevan a la profesionalización del historiador, proceso que es simultáneo con el creciente peso de la Historia Social en nuestro oficio. En pocas palabras, en Colombia, como en general en América Latina –a diferencia de lo ocurrido en los países del norte–, coincide la aparición de un historiador de tiempo completo, formado en teorías y métodos de la disciplina y que dispone de nichos institucionales (Archila, 2006), con el impacto de la Historia Social que se venía gestando en Europa y Norteamérica, especialmente a partir de la Revista *Annales* y el grupo de historiadores marxistas británicos (Casanova, 1991).

¹ Ph.D. en Historia, Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Y allí me ubico nuevamente en una segunda generación de historiadores sociales. Los primeros, como Clara Lida, salieron de sus respectivos países de origen a formarse en escuelas del norte.² México va a ser un polo de atracción de nuevos historiadores, pues Brasil y Argentina se vuelven países peligrosos para el libre pensamiento académico por las dictaduras militares que se imponen sobre sus precarias democracias. En el marco de la renovación de las ciencias sociales en el continente durante los años 60, en países como Colombia aparecen las primeras carreras de Historia que precisamente intentan dialogar con esas ciencias sociales. Surgen nuevas revistas disciplinares como el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* –que cumplió en 2013 sus 50 primeros años– que expresan programas de investigación de mayor envergadura. Las editoriales universitarias comienzan a publicar libros que solían tener el título de “historia social de...”³ Eran reconstrucciones del pasado sobre dimensiones disímiles como la demografía histórica, los actores sociales, la economía, las ciencias y las artes o la vida cotidiana de épocas anteriores (Archila, 2013).

En esos nacientes nichos institucionales se iba desplazando la historia tradicional positivista y nacionalista, propia de las vetustas Academias oficiales y de los antiguos historiadores aficionados, para que fuera surgiendo una Nueva Historia.⁴ Fue una apertura no solo a las otras ciencias sociales, algo crucial para quienes impulsaban la Historia Social, sino que rompía con el provincialismo de nuestros estudios sobre el pasado para mirar otras experiencias en un mundo crecientemente globalizado. Estudiar esa historia más científica y universal era también una forma como muchos de los jóvenes que nos estábamos formando a fines de los 60 y comienzos de los 70, queríamos aportar a la transformación del mundo (Elley, 2007). Y eso era en gran parte lo que pretendía el programa de la Historia Social. Hoy algunos de los componentes de

² En Colombia el padre de esa renovación historiográfica fue Jaime Jaramillo Uribe y va a haber una primera generación de historiadores profesionales como Germán Colmenares, Hermes Tovar, Margarita González, Jorge Orlando Melo, Jesús A. Bejarano, Salomón Kalmanovitz, Álvaro Tirado, y Medófilo Medina entre otros, muchos de ellos considerados historiadores sociales (Archila, 2006).

³ Tal fue el caso de Germán Colmenares con su reconstrucción de la economía y sociedad del occidente colombiano (Atehortúa, 2013).

⁴ Rótulo con la que se conoció en Colombia, pero que es impreciso por lo que solemos llamarla historia universitaria (Archila, 2006).

dicho programa pueden sonar obsoletos, pues mucha agua ha pasado por debajo del puente de la diosa Clio. Pero algunos seguimos considerándonos historiadores sociales y no solo los que pertenecemos a las primeras generaciones sino gentes más jóvenes como muchos de los que han presentado ponencias en este evento y están al frente de esta naciente Asociación. Con mi presentación busco reflexionar sobre lo que significa ser historiador social hoy en América Latina, para lo que es necesario preguntarse qué entendemos por Historia Social y abordar el tema de validez actual de la categoría clase, algo que fue crucial en el programa inicial de ese enfoque histórico (Elley y Nield, 2010).

¿Qué entendemos por Historia Social?

Hace unos años en el dossier del número 60 de la revista española *Historia Social*, cuyo codirector es José A. Piqueras, se hacía la pregunta que preside este acápite. Dentro de las muchas respuestas a las que haremos alusión luego, Jorge Uría, enumeraba una cantidad de temas que, si bien no son tantos como ocurre con la Historia Cultural (Serna y Pons, 2005, 15-16), sí muestran tal variedad que a veces sus acepciones van en direcciones opuestas. A modo de ejemplo cito algunos de los enumerados por Uría: la vida humana, diversos tipos de sociedad, grupos y organizaciones, vida cotidiana, cuerpo, sexualidad y género, la familia, estratificación y estructura de clases, el trabajo, medios de comunicación, mecanismos sociales de consenso y de integración religiosa, cultura popular, formas de gobierno, revolución y cambio social y un largo etcétera (Uría, 2008, 234). Uno podría discutir la pertinencia de incluir temas propiamente políticos o culturales en su larga lista, y eso que no enumeró los socioeconómicos o los de historia social de las ciencias o del arte que también se asocian con la categoría que estudiamos. De alguna forma este recuento hace eco a la idea de Georges Duby, quien, a principios de los años 70, dijo que si la historia miraba al hombre en sociedad, toda historia debía ser social (Duby, 1976, 10). Era explicable esa amplitud como una forma de ubicarse en el concierto de las ciencias sociales sin perder identidad (Braudel, 1974), pero por lo común lo que se entiende por Historia Social (HS de ahora en adelante) es más acotado.

Eric Hobsbawm en su ya clásico artículo de 1971 proponía tres acepciones que convivían bajo el amplio techo de la HS: el pasado de las clases bajas o de los

movimientos sociales; de actividades humanas difíciles de clasificar y que se agrupan en vida cotidiana; y de aspectos socio-económicos (Hobsbawm, 1991). Ante el riesgo de dispersión que esa variedad implicaba y para precisar mejor el objeto de la HS, él proponía considerarla como historia de la sociedad, algo que recogieron los alemanes de la escuela de Bielefeld, para señalar que no es una subdisciplina más sino un enfoque totalizante del estudio del pasado. Así, en su contribución a la citada revista española, Jürgen Kocka insistía que HS siempre ha tenido una dimensión relacional con otras variantes de la disciplina y que también ha cambiado su significado a lo largo del tiempo (Kocka, 2008, 159). Pero se apresuraba a señalar que esto no significa que todo sea HS y la limita a cuatro rasgos: rechazo al individualismo metodológico; superación de la fragmentación; interconexión entre experiencias y estructuras, y, por último, la búsqueda de la explicación histórica (Ibíd., 162). Como se ve, para el historiador de la escuela de Bielefeld, la HS, más que cubrir un área temática o ser una subdisciplina, era una historia de la sociedad con renovados presupuestos epistemológicos y metodológicos.

Con todo muchos historiadores sociales siguieron definiéndose por los temas o áreas de estudio. Así Julián Casanova, en su también clásico estudio sobre la trayectoria de la HS, bajo la metáfora de cenicienta a princesa, coincide con las tres acepciones iniciales de Hobsbawm, pero agrega que la segunda se refiere a actividades distintas de las político-militares, lo que muchos asocian erróneamente con una apoliticidad de la HS.⁵ Y en cuanto a la tercera acepción le agrega que es una forma de hacer historia total, como se proponía *Annales* en sus primeras generaciones (Casanova, 1991).

Para algunos anglosajones las tres variantes de la HS tienen distintos énfasis temáticos y metodológicos. Harvey Kaye (1991), por ejemplo, habla de tres rasgos que la marcan: diálogo con otras disciplinas incorporando, no siempre con éxito, sus métodos; expansión de temas hasta copar casi todas las dimensiones humanas; y democratización del pasado asociado a la historia desde abajo. Por su parte Adrian Wilson (1993), en un libro que editó para repensar la HS, enumeraba tres versiones: historia del pueblo; la aplicación de conceptos derivados de las ciencias sociales; y la historia total o de la sociedad.

⁵ Según Patrick Joyce (1997) esto se traducía simplemente en salir del Estado para ir a la sociedad.

Es bueno detenerse acá en esta enumeración de acepciones de la HS para tratar de llegar al núcleo de lo que entendemos hoy por ella. Creo con Kocka (2008) que no todo es HS, pues hay elementos que delimitan su programa investigativo. Pero ciertamente no es fácil acotarla en una sola fórmula. Parece imponerse un núcleo fuerte en torno a lo social, sobre cuyo contenido profundizaremos más adelante, pero por ahora digamos que se refiere a colectivos humanos como movimientos sociales o la sociedad en su conjunto. Esto se deslinda de otros énfasis que parecían converger en la HS. Lo socioeconómico, tan fuerte en la segunda generación de *Annales* y en los marxistas, británicos y de otros países, puede ser considerada mejor como historia económica a secas. Algo similar ocurre con los estudios sobre la vida cotidiana, más desarrollados por la Historia Cultural. La historia social de las ciencias o del arte eran realmente historia de las ciencias y del arte desde una perspectiva externalista. La relación de la HS con la política también ha sido sometida a escrutinio. Es cierto que ella era una de las *idolas* que Francois Simiand pretendía atacar, pretensión que heredaron los fundadores de *Annales*.⁶ Pero era la política entendida como acción institucional de los poderosos, no la que adelantan en acción directa los sectores subalternos, bien recogida por la historia desde abajo hacia arriba,⁷ y más radical y recientemente por los subalternistas (Guha, 2002). Ni tampoco era la concepción de lo político como escenario público de negociación de diversos intereses societales (Lechner, 1994), tema que debe abordar todo historiador que estudie las sociedades y sus grupos. Por eso hoy a la HS no se la puede tachar de apolítica o antipolítica, pero ciertamente no tiene como foco principal los actores e instituciones tradicionales de la arena política. Más aún no falta quien la ataque por su orientación militante, generalmente asociada con el marxismo, como veremos luego.

Pero el programa de la HS tenía connotaciones no solo temáticas o de contenido, sino epistemológicas, metodológicas, como también éticas y políticas. De ahí que se la asocie con una apuesta de fondo por el conocimiento racional moderno,⁸ que

⁶ Las otras eran: lo individual y lo cronológico o la exclusiva atención a los eventos (Burke, 1993, 18-19).

⁷ La expresión, como recuerda George Rudé (2000), era original del francés Georges Lefebvre y fue luego retomada por los marxistas británicos.

⁸ Hacia allá se dirigen las concepciones de historia científica o ciencia histórica, que les gustan a los alemanes de la escuela de Bielefeld (Eley, 2007). En la misma dirección va la relación de la HS con la

Hobsbawm en sus últimos escritos retomaba llamando a la construcción de un gran frente por la defensa de la razón (2004). Esto significa que también sea entendida como una historia que es analítica y no descriptiva y que le apuesta a la explicación y no a la mera narración (Hobsbawm, 1991). La pretensión de ser totalizante empata con aquella intención, aunque muchas veces esto fue derivando en una perspectiva estructuralista y abstracta, negando paradójicamente lo que se quería analizar: la historia de los grupos humanos. Por fortuna esa desviación estructuralista fue controvertida fuertemente por historiadores sociales como Thompson que pusieron el énfasis en la acción y la experiencia (Thompson, 1981), respuesta que a su vez fue tachada de subjetivista y voluntarista (Anderson, 1985). A pesar del duro ataque, el estructuralismo incursionó en la disciplina y en parte preparó el terreno para el posterior ingreso del giro discursivo que se alejó aun más de los sujetos de carne y hueso (Gunn, 2011).

Pero también la HS era una apuesta por una historia menos local y nacional, y más global o transnacional como hoy, en forma no del todo novedosa, se reclama (French, 2001). En parte la apuesta por lo total no era solo para abarcar más dimensiones del pasado sino ámbitos espaciales cada vez más amplios hasta llegar a los sistemas mundo. Aún la microhistoria no se apartaba del todo de este predicamento, pues abogaba por un cambio de foco, desde lo micro, pero para acercarse mejor a la totalidad (Ginzburg, 2014, cap. 8). Por eso la microhistoria, al menos como la conciben los italianos, no es igual a historia local o patria como solía pensar el mexicano Luis González.⁹

El programa de la HS pretendía igualmente ampliar los métodos y las fuentes para acercarse al pasado, en consonancia con lo que ocurría en las ciencias sociales cercanas. De ahí que se haya abierto no solo a lo serial y cuantitativo, sino también, y a veces contradictoriamente, a lo testimonial y cualitativo.

Por último la HS estuvo asociada a un compromiso político que, como confesaba al inicio, nos movió a muchos a estudiar historia. Era una forma de acercarse a los grupos

con la sociología histórica, rama de esa disciplina que se acerca a la nuestra, pero conservando la lógica epistemológica de la sociología (Casanova, 1991).

⁹ El mismo Ginzburg afirma: “la microhistoria, en resumen, no es un atajo (...) La reconstrucción del contexto, la elaboración de preguntas sobre la base comparativa, implican un trabajo lento y fatigoso. Y es necesario que la historia local se renueve...” (2014, 184).

sociales excluidos que podrían transformar el mundo, o en términos marxistas, se trataba de articular la teoría con la práctica. Por su parte Kaye (1991) lo considera como un llamado a democratizar la historia haciendo eco no solo a Lefebvre y Rudé sino al famoso prefacio de E. P. Thompson (1966) de sacar del olvido a los humildes de la historia. Así lo reconoce Juan Sisinio Pérez (2008) en el dossier ya citado al hablar de que la HS implicaba un compromiso humanista de conocer mejor las sociedades pasadas para transformar las presentes. Claro que el historiador español precisa que hoy esto es lo más criticado del proyecto de HS pues, a su juicio, “desde las ciencias sociales (incluida la historia) no se puede cambiar el mundo” (Ibíd., 201).

Tal vez hoy no sea políticamente correcto hablar de una historia comprometida, incluso pocos nos confesamos estar inspirados por el marxismo, pero seguimos estudiando a los humildes y vencidos del pasado como lo muestran muchas de las ponencias de este evento. Cambiar el mundo hoy no implica hacer la soñada –o temida– revolución de los años 60 y 70, pero, como nos ha enseñado Hobsbawm en un libro al respecto (2011), sigue siendo cierto que el mundo que nos ha tocado vivir no es justo y no debemos dejar que se perpetúe. Y en eso no estamos solos, si no que hablen muchos movimientos sociales y gobiernos progresistas en América latina y los que están apareciendo en Grecia, España y otras partes de Europa y el mundo. Quiérase o no esa dimensión ética y política de nuestro quehacer como historiadores sociales estará siempre presente, y más que ocultarla vergonzosamente hay que hacerla explícita, pues si algo combatieron las generaciones que nos precedieron fue la supuesta neutralidad valorativa del positivismo.

Hasta este punto hemos tratado de llegar al núcleo de la propuesta de HS entendiéndola como una apuesta por el estudio de los grupos excluidos de la Historia, que se acerca a las ciencias sociales para tratar de hacer una explicación de ese pasado que contribuya a pensar un futuro distinto. Pero la HS hoy es distinta de cómo la concibieron sus proponentes iniciales. Como señalaba Kocka (2008), entre otros, ella va mutando con el tiempo y tiene diversas implicaciones en los espacios nacionales en los que se desarrolla. Un problema para entender la HS hoy es caer en las visiones binarias polarizantes que han marcado nuestro entendimiento de ella y que tal vez oscurecen más que aclaran. Me refiero a seguir pensado que ella debe producir solo conocimiento racional, cuando hoy lo conjetural y emocional son también fuentes de saberes

(Ginzburg, 2014). Advierto que con esto no estoy argumentando que la historia es una forma más de ficción, pues con eso destruimos su fundamento epistemológico que es búsqueda de verdades parciales, limitadas y disputadas pero verdades al fin y al cabo. Me refiero también a entender a la HS como estudio de estructuras en contra de los eventos, cuando hoy se habla del retorno del acontecimiento significativo articulado a las estructuras que lo han hecho posible (Dosse, 1988, 272).¹⁰ Incluso la aparente negación de la HS a hacer biografías es solo aparente no solo porque muchos de sus máximos exponentes las hicieron –Lucien Febvre sobre Rabelais, E. P. Thompson sobre William Morris– sino porque el individuo es también portador de estructuras sociales. Y aquí se me viene a la mente el sugestivo artículo de José A. Piqueras (2008) sobre lo social en Robinson Crusoe. A pesar del ser el mito del individuo que se hace solo, Crusoe traía en su mente formas de organización y dominación de su tierra de origen y las va a reproducir con la naturaleza y con el otro ser humano que habita la isla a quien termina subordinando. Por tanto no se puede decir que lo colectivo sea el único objeto de la HS, menos hoy cuando estamos redescubriendo las subjetividades. Y así podría seguir enumerando los falsos dilemas de blanco o negro que impiden ver la escala de grises en los cuales se movía y se sigue moviendo la HS. Parar llegar a algún puerto seguro debemos repensar lo social, cosa que haremos a continuación desde la reflexión sobre la utilidad de la categoría clase para la Historia.

¿Cómo estudiar las clases hoy sin perecer en el intento?

Lo social no puede ser toda acción humana como postulaba Duby en los 70s, pues termina siendo demasiado amplio. Pero tampoco me satisface acotarlo solo a los grupos humanos, ya que tiene el riesgo de cosificarlo.¹¹ Lo social no es una cosa ni un número

¹⁰ Ginzburg dice que “redescubrir el acontecimiento significa(ba) redescubrir al individuo dentro de la historia, más allá de las estructuras sociales, ambientales, culturales de larga duración, que sin duda existen y pesan dentro de la historia” (2014, 41). En forma más sofisticada William Sewell Jr. (2005) propone pensar en estructuras de coyuntura y coyuntura de estructuras, como formas de articular lo eventual con lo estructural.

¹¹ Aparentemente esta sería la concepción de Koselleck (1993, cap. 5) al distinguir la historia social de la conceptual contraponiendo hechos y palabras. Pero por fortuna con los ejemplos que da muestra no solo la complementariedad de ambas, por ejemplo en la crítica a las fuentes –textos– que hace la segunda, sino que no hay sociedades sin conceptos y estos se basan en sistemas sociopolíticos (Ibíd., 106).

de más de dos dígitos, pero tampoco es meramente un discurso como pretenden algunas corrientes posmodernas (Cabrera, 2001).¹² William Sewell (2005) luego de un *excursus* por el origen del concepto adhiere a la acepción de “socios” y propone pensarlo, tomando elementos de la geografía humana, como entorno construido.¹³ Los historiadores sociales con algún dejo estructuralista lo consideraban como la instancia mediadora entre lo material y lo espiritual.¹⁴ Por su parte Kocka (2008) hablaba de lo social como una dimensión relacional con otras esferas de la vida humana.

Personalmente prefiero entender lo social como relaciones históricamente construidas entre grupos humanos en torno a la desigual distribución de bienes y servicios o ante el desequilibrio en el acceso al poder. Por ende son relaciones inherentemente conflictivas, algo que los seguidores de los giros cultural y lingüístico parecen haber olvidado (Sewell, 2005 y Elley, 2007). Pero el conflicto no siempre es abierto y menos significa la aniquilación del antagonista. Como nos ha enseñado James Scott (2000) el conflicto comprende fases violentas y de aparente estabilidad, abarca la revolución y el orden.¹⁵

Dentro de tales relaciones conflictivas están las clases que expresan un tipo de identidad construida desde el diferente acceso a los medios de producción. En esto seguimos a E. P. Thompson, para quien la clase es una relación histórica construida desde una experiencia que media entre la explotación y la conciencia. Por eso, para él, la clase y la conciencia no son uniformes ni preceden a la lucha de clases, ésta es la que las genera y las configura históricamente. Por supuesto que la propuesta thompsoniana tiene muchos problemas que no profundizaré por falta de tiempo, pero que solo enumero (Anderson y otros, 2008): el descuido aparente de lo estructural y externo a la clase, la ambigüedad de la experiencia y equiparar –codeterminar dirá Perry Anderson (1985)– clase y

¹² Cabrera, por ejemplo, afirma que la acción social debe ser entendida ya no como determinada por una posición social (de clase) sino mediada discursivamente (Ibíd., 61).

¹³ El problema con esa postura es que termina muy cerca del giro lingüístico, pues lo social se asimila al lenguaje, que también es un “entorno construido” (Ibíd., cap. 10).

¹⁴ Parcialmente esa sería la visión de alguien como Braudel (1974), quien no simpatizaba mucho con la HS, a no ser que se proyectara en la larga duración como la económica, esa si más cercana a sus afectos.

¹⁵ En esto hace eco, sin reconocerlo, a la idea de Gramsci sobre una hegemonía que balancea coacción con consentimiento. Según Guha, dentro de este último pueden darse ciertas dosis de resistencia, pero no tantas que destruyan la dominación (Guha, 1997).

conciencia. Lo que me interesa hoy es resaltar su concepción de clase como relación histórica que resulta de un conflicto en torno a la producción.

No todos los historiadores sociales comparten esta aproximación. Por fortuna hay muchos acercamientos a la noción de clase, pero lo que sorprende en algunos críticos de la HS e incluso en algunos de sus practicantes es la simplificación con que se acude a ella (Burke, 1997, 74).¹⁶ Muchos no reconocen los matices que el mismo Marx tuvo ante la clase obrera: inicialmente la ve como resultado de la alienación, luego la desprende de la división del trabajo y finalmente la ancla en la explotación, pero sin que se agote en lo económico pues le presta atención a su proyección política. Además en Marx la clase nunca fue algo homogéneo y unitario, siempre la vio compuesta de capas y fracciones (Moreno, 2015). Y ni qué decir de las diferencias entre las distintas corrientes marxistas en torno a la clase, pues algo va de la concepción vanguardista de Lenin dogmatizada por el estalinismo, a la lectura estructuralista de Althusser o a la experimentalista de Thompson. Más aún la clase obrera no es la misma de los inicios del capitalismo con incipiente industrialización a la de los tiempos recientes de globalización neoliberal. Y así ocurre con las otras clases, lo que no es sino una constatación de su historicidad. Fuera del marxismo hay otras lecturas de la clase que, si bien no se centran en el desigual acceso a los medios de producción, siguen remitiendo a relaciones conflictivas en torno a lo material, como el caso de Bourdieu (1998) y su estudio sobre la distinción.¹⁷ Es decir, las clases existen y van a durar mucho más de lo que pensadores neoliberales o posmodernos quisieran.

Pero retornemos a nuestra pregunta sobre la utilidad de esa categoría para el estudio del pasado. Que Patrick Joyce (1997) diga que la HS estudiaba privilegiadamente la clase obrera desde la ortodoxia marxista, no sorprende, ni tampoco que Guha (2002) critique

¹⁶ Por ejemplo Eric Van Young (2012), un juicioso historiador sobre México, critica la visión materialista de las clases por ser supuestamente reductora. Así dice que esa perspectiva rechazaría, por ejemplo, las creencias de quien llama Lázaro de Cuatla como si fueran “un tipo de excrecencia inconveniente de sus relaciones con los medios de producción” (Ibíd., 12, la traducción es mía). Aunque no faltará quien haga estos reduccionismos, suenan ajenos a los historiadores sociales que rompieron con la metáfora de base y superestructura. Para la insistencia en una mirada no reduccionista de Marx ver Nield, 2008, 175.

¹⁷ El caso de la concepción de clases como órdenes o estatus en Max Weber es diferente pues, al contrario de Marx, intenta minimizar los conflictos y ponderar la armonía (Burke, 1997, 77-78).

a prominentes historiadores sociales como Hobsbawm por ignorar el proyecto político subalterno, o que Joan Scott (2009), para defender la categoría género, tache a Thompson de practicar el esencialismo de clase. Todo ello no es extraño, pero si preocupa que por momentos lo digan Nield y Elley (2010), quienes precisamente intentan rescatar la clase a partir de un difícil diálogo entre HS y posestructuralismo.¹⁸ Tampoco es cierto que la HS solo haya estudiado la clase obrera como afirman estos autores. Para los latinoamericanos es claro que las investigaciones sobre trabajadores asalariados no fueron las más abundantes –otras clases populares fueron mayormente atendidas–. Igualmente dudo del optimismo de John French (2001), quien afirmaba que, en contraste con los países centrales, los estudios laborales en América latina estaban tomado fuerza en los 90.¹⁹ Estudiar las clases y con ellas los conflictos sociales no está de moda, pero ese no es el criterio que debe guiar nuestros proyectos investigativos.²⁰

Digámoslo claramente: la clase como construcción histórica desde las relaciones sociales de producción es una categoría útil para estudiar nuestras sociedades y sus conflictos. Investigaciones sobre obreros, campesinos, artesanos, vendedores ambulantes y trabajadores de la calle, empleados y capas medias, son parte de nuestro acervo histórico, así como también el estudio de los empresarios, hacendados, políticos, curas y militares. Pero la clase entendida como una relación social en torno a la producción, no da cuenta de toda la conflictividad de la sociedad, por lo que acudo a la categoría de movimientos sociales que defino como acciones colectivas con permanencia en el tiempo, opuestas a injusticias y desigualdades, en contextos espacio-temporales específicos (Archila, 2003, 74). Las clases hacen parte de dichos movimientos, pero ellos trascienden la conflictividad económica para disputar las desigualdades y opresiones que se dan entre géneros, etnias y razas, generaciones,

¹⁸ De acuerdo con la historiadora feminista canadiense, Joan Sangester (2008), Eley y Nield parecen estar más cerca del posmodernismo que del marxismo (Ibíd., 218-219). Por nuestra parte consideramos que el libro al que nos referimos versa más sobre ese diálogo que realmente sobre la clase.

¹⁹ En el caso colombiano esto es cierto para estudios laborales regionales y de género, no así los étnicos; pero escasean las pesquisas en ámbitos más amplios nacionales o globales, si excluimos el texto comparativo del norteamericano Charles Bergquist (1988).

²⁰ Para nuestro país, por una somera mirada que realizamos de tesis de pregrado y posgrado en Historia así como de la publicación de artículos en algunas revistas disciplinarias, constatamos que el tema político sigue siendo el que más producción tiene seguido del social y cultural (Archila, 2013). Casi no existen trabajos académicos propiamente posmodernos.

orientaciones sexuales, religiones, y otras dimensiones de lo social. Muchos de ellos terminan siendo anticapitalistas –antisistémicos en la concepción de Wallerstein (2008)– porque el capitalismo articula esas formas de dominación en su lógica de acumulación. Pero no necesariamente todos los movimientos sociales tienen ese carácter, como sí ocurre con los que enarbolan claramente la identidad de clase a partir de la explotación.

Por último, desde mi perspectiva, las clases, especialmente la obrera, deben ser despojadas de un deber ser fijado *a priori* por intenciones políticas y en especial de la exigencia teleológica de ser vanguardia. Más que seguir anhelando o temiendo la aparición de un sujeto revolucionario por antonomasia, lo que tenemos son hombres y mujeres que enfrentan exclusiones, opresiones y explotaciones. Los movimientos sociales, y dentro de ellos las clases, no son revolucionarios o reformistas *per se*, simplemente reflejan y actúan en las contradicciones de la sociedad (Castells, 1997).

Conclusiones

Después del recorrido por las distintas formas de entender la HS y luego de señalar la utilidad de la categoría clase para el estudio del pasado y del presente saquemos algunas conclusiones referidas a nuestro oficio en el continente. Creemos que la tarea del historiador social, y más en América Latina, es complejizar la reconstrucción del pasado de acuerdo con los matices que van surgiendo de los diálogos con otras disciplinas y con otras corrientes historiográficas (Amelang, 2008, 137).²¹ Urge también descentrarla de la forma de conocimiento “científico” impuesto por la modernidad occidental a todo el orbe a la par de la expansión capitalista. Hay igualmente que descolonizarla del peso de las academias del norte, sin caer en cerrados chauvinismos o nacionalismos de viejo cuño (Santos, 2009). Debemos conocernos y aprender más y hacernos más visibles en el entorno global. Esto implica que miremos más al sur y conjuntamente con nuestros vecinos latinoamericanos entablemos diálogos e intercambios académicos más equilibrados y justos con los colegas del norte, haciendo una apropiación crítica de lo que nos llega de allá. Y finalmente, es preciso apartar la HS de toda teleología,

²¹ Eric Van Young (2012, cap. 7), con una terminología provocadora pero sugestiva y refiriéndose al caso de México, llama a la “colonización” de la historia económica por la cultural y social para fecundarse mutuamente, pero sin promiscuidad.

especialmente la que se monta sobre la idea de progreso, una versión secularizada del viejo anhelo judeo-cristiano de darle un sentido a la historia (Duby, 1976). Nuestras sociedades deben construir su futuro desde sus propias coordenadas y en ello los historiadores tenemos un papel crucial en descubrir las claves del pasado que han producido las sociedades presentes cargadas de desigualdades e injusticias, pero también de anhelos y esperanzas.

Consideramos que sigue siendo un buen tiempo para la historiadores sociales en América Latina, y para quien lo dude basta solo con mirar la variedad y riqueza de las ponencias presentadas en este Primer Congreso de la ALIHS, a la que le deseo que continúe por mucho tiempo ganando cada vez más adeptos en nuestros países y fuera de ellos. Haber asistido a este evento fundacional y poder participar en esta mesa de cierre es algo maravilloso para mí. Ya ven por qué estoy tan agradecido con los organizadores, especialmente con Clara Lida y Mario Barbosa.

BIBLIOGRAFIA

- Amelang, James, 2008, “En estado frágil”, *Historia Social*, No. 60, 131-138.
- Anderson, Perry, 1985, *Teoría, política e historia, un debate con E. P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI.
- y otros, 2008, *E. P. Thompson, diálogos y controversias*, Valencia, Uned.
- Archila, Mauricio, 2003, *Idas y venidas, vueltas y revueltas; protestas sociales en Colombia, 1958-1990*, Bogotá, Cinep/Icanh.
- , 2006, “La disciplina histórica en la Universidad Nacional, sede Bogotá”, en Mauricio Archila, Francois Correa, Ovidio Delgado y Jaime E. Jaramillo (editores), *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*, Bogotá, Universidad Nacional, 175-205.
- , 2013, “El *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, una joven revista que cumple 50 años”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 40, Suplemento No. 1, 27-65.
- Atehortúa, Adolfo, 2013, *Germán Colmenares, una nueva historia*, Cali, Universidad del Valle.
- Bergquist, Charles, 1988, *Los trabajadores en la historia de América Latina*, Bogotá, Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre, 1998, *La distinción, criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- Braudel, Fernand, 1974, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza.
- Burke, Peter, 1993, *La revolución historiográfica francesa*, Barcelona, Gedisa.
- , 1997, *Historia y teoría social*, México, Instituto Mora.
- Cabrera, Miguel Ángel, 2001, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Valencia, Frònesis.
- Casanova, Julián, 1991, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica.
- Castells, Manuel, 1997, *The Power of Identity*, Oxford, Blackwell.
- Dosse, Francois, 1988, *La historia en migajas*, Valencia, Alfons El Magnànim.
- Duby, Georges, 1976, *Historia social e ideología de las sociedades*, Barcelona, Anagrama.
- Elley, Geoff, 2007, *A Crooked Line*, Ann Arbor, The University of Michigan.
- y Nield, Keith, 2010, *El futuro de la clase en la historia ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, Universidad de Valencia.

- French, John D., 2001, “El auge de los estudios sobre el trabajo en Latinoamérica”, *Historia Social*, No. 39, 129-150.
- Ginzburg, Carlo, 2014, *Tentativas*, Bogotá, Desde Abajo.
- Guha, Ranahit, 1997, *Dominance without Hegemony*, Cambridge, Harvard University.
- , 2002, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica.
- Gunn, Simon, 2011, *Historia y teoría cultural*, Valencia, Universidad de Valencia.
- Hobsbawm, Eric, 1991, *On History*, Nueva York, The New Press.
- , 2004, “Reconstruir el frente de la razón”, discurso de cierre del coloquio de la Academia Británica sobre historiografía marxista del 13 de noviembre de 2004, consultado en Internet en junio de 2009.
- , 2011, *How to Change the World*, Yale, Yale University.
- Joyce, Patrick, 1997, “The End of Social History”, en Keith Jenkins (editor), *The Postmodern History Reader*, Londres, Routledge.
- Harvey Kaye, 1991, *The Powers of the Past*, Mineapolis, University of Minnesota.
- Kocka, Jürgen, 2008, “Historia social – un concepto relacional”, *Historia Social*, No. 60, 159-162.
- Koselleck, Reinhart, 1993, *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós.
- Lechner, Norbert, 1994, “Nuevos perfiles de la política: un bosquejo”, *Nueva Sociedad*, No. 130, marzo-abril, 32-43.
- Moreno, Sergio, 2015, “Usos y desusos de la categoría de clase trabajadora en la historia social: ¿por qué insistir en la vigencia del análisis sociohistórico?”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 42, No. 1.
- Nield, Keith, 2008, “Epistemología y mal humor en la historia de lo social”, *Historia Social*, No. 60, 171-176.
- Pérez, Juan Sisinio, 2008, “Expansión y retos de la historia social”, *Historia Social*, No. 60, 201-206.
- Piqueras, José A., 2008, “El dilema de Robinson y las tribulaciones de los historiadores sociales”, *Historia Social*, No. 60, 59-90.
- Rudé, George, 2000, *El rostro de la multitud*, Valencia, Uned.
- Sangester, Joan, 2008, “Historia social”, *Historia Social*, No. 60, 213-224.
- Santos, Boaventura de Sousa, 2009, *Una epistemología del sur*, México, Clacso/Siglo XXI.
- Scott, James, 2000, *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Era.
- Scott, Joan Wallach, 2009, *Género e Historia*, México, Fondo de Cultura Económica.

- Serna, Justo y Pons, Anacllet, 2005, *La historia cultural*, Madrid, Akal.
- Sewell, William, 2005, *Logics of History*, Chicago, Chicago University.
- Thompson, E. P., 1966, *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Vintage Books.
- , 1981, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica.
- Uría, Jorge, 2008, “La historia social hoy”, *Historia Social*, No. 60, 233.248.
- Van Young, Eric, 2012, *Writing Mexican History*, Stanford, Stanford University.
- Wallerstein, Immanuel, 2008, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, Bogotá, Desde Abajo.
- Wilson, Adrian (editor), 1993, *Rethinking Social History*, Manchester, Manchester University.